

las matracas regadas por el suelo y desmoronadas. Ese día las chinas, alegría y encanto de Fidel, las de camisa de randas, enaguas de castor y banda á la cintura, perdieron el dinero, y lo mismo pasó á los fabricantes de carritos, muñecos, navichuelos y demás chismes con que aturden á la gente en estos días los chicos y sus cuidadores.

Y todo fué promovido por un carro cargado con cadenas, que atravesaba por el costado de la Profesa.



CAPÍTULO XXI

Coplas de Aguilar y Marocho y prisión de Garza



El amigo el antiguo memorialista y moderno propietario, había cambiado en unos cuantos días. De obeso, colorado, alegre y de buen humor que era, se había convertido en viejo apergaminado, flaco, que dejaba ver las arrugas y sentía caerle los pantalones. Él, que había dormido teniendo por cabeza piedras de tezontle, ahora no podía reclinarsse en la que el sabio llamó suave almohada de la duda. Cuidados y disputas domésticas lo habían traído á aquel triste término.

Sin embargo de la defección de Pancha, la tertulia seguía reunida al amparo de la mujer, que tenía el pandero en la mano, como siempre lo había tenido, sin que se hubiera escapado de su robusta diestra más que una vez.

Un viejo de barragán, cara amarrada y mirar sesgo y al soslayo, llegó cuando el cónclave estaba en pleno.

— ¿Qué se sabe de lo del jueves? preguntó receloso.

— ¿Qué ha de ser? dijo la señora del tápalo amarillo; sino que este gobernador, que Dios confunda, se metió á la Catedral á caballo.

— Eso no es cierto, interrumpió Gordo, con entonación de rey Sobrino; Baz no hizo más que guardar el orden, como era de su obligación y le convenía.

— ¡Pero si yo le vi, hombre! replicó con furia doña Pancha; si hasta sentí las pezuñas del penco en la purita cara, como si hubiera sido el Jacobo de Santo Santiago.

— El miedo te hizo ver visiones. ¿Verdad, mi capitán, que nada de eso pasó?

— Que yo sepa, no sucedió sino lo que todos vimos.

— Es que se trataba de matar á los señores canónigos, y como no se logró, á eso vino la alharaca.

— ¡No es cierto! grité enojado: los canónigos eran quienes trataban de hacer estallar una revolución. En cuanto á esas tonterías de haberse metido gentes á caballo á la iglesia y demás, no pasa de habladurías de desocupados.

— Pues no opina así, dijo el del barragán con sonrisa maliciosa, el *Cronista de los Reyes*, que ha referido la batalla con sus pelos y señales.

— ¿Qué *Cronista* es ese?

— Es, insinuó con misterio el vejestorio, un personaje muy alto, muy alto, que ahora se encuentra escondido, temeroso de una venganza.

— ¡Lares! exclamé yo.

Me hizo el tío de los anteojos señal de que no era él, y dije con despecho:

— No, no ha de ser, porque como acaba de regresar de Europa Martín Rul, á quien él mandó como loco estando más cuerdo que nunca lo ha estado don Teodosio, de seguro teme que lo acogote.

— ¿Bonilla?

— No hace versos.

— ¿Y los de la Urbanidad?

— No es él.

— ¿Aguilar y Marocho?

— Quizás.

— En fin, desembuche usted, que no se nos cuece el pan.

Y con entonación de sacristía, el misterioso empezó:

Bajo este sistema ruin

En que no impera la ley,

¿Qué es Comonfort? Es el rey.

¿Y Juan Baz? Es el delfín.

— ¡Muy bien! exclamaron todos. Vino la descripción de la persona de Baz y luego la de la batalla:

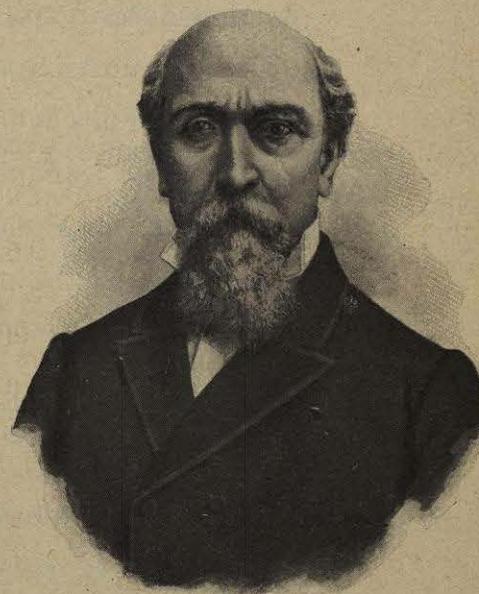
Fija cual buen general
 Su primera paralela
 En medio de la plazuela
 Para sitiarse Catedral.
 Él, en un punto central,
 Dirige al otro visuales,
 Para que de los ciriales
 Los fuegos bien combinados,
 Queden al punto apagados
 Por sus fuegos transversales.

Contra un rojo monacillo
 Una pieza diestra aboca,
 En tanto que otra coloca
 Frente del Empedradillo.
 Infatigable el caudillo
 Asesta una batería
 Para enfilear la cruzía,
 Y ordena que á los blandones,
 Que son hombres de calzones,
 Cargue la caballería.

Previene que haya desmocha,
 Si resisten sin empacho,
 El Señor del Buen Despacho
 O el Santo Niño de Atocha.

Una culebrina mocha
 Apunta á San Valentín,
 Un obús á San Martín
 Y diez pistolas de muelles
 A los pobres Santos reyes,
 Bisabuelos del Delfín.

Las risas eran ya
 raudales de llanto; to-
 dos, menos yo, se
 apretaban el estóma-
 go, como si fueran á
 reventar; todos, me-
 nos yo, encontraban
 aquello precioso, gra-
 ciosísimo, la última
 palabra del chiste.
 Y cuando Comonfort
 toma la palabra para
 recompensar á Baz,



D. JUAN JOSÉ BAZ

fueron los gritos y las exclamaciones de regocijo:

Mi gratitud es inmensa,
 Igual á tu sacrificio.
 ¿Tan eminente servicio
 Dejaré sin recompensa?
 El elogio de la prensa

¿Qué vale, aunque sea sesudo?
Yo mis decretos no mudo,
Mi resolución tomé,
Y por premio te daré
Dos títulos y un escudo.

Acéptalos, son primicias
Que tu desnudo y tu fe
Bien merecen. Así es que,
Formando tú mis delicias,
En uso de mis franquicias
Y amparado con el manto
Del plan de Ayutla, por tanto:
A más de mi *Adelantado*
Quedas desde ahora nombrado
El Duque del Jueves Santo.

De tu casa en el blasón
Es bueno que se registre
Con escudo, lanza en ristre,
Manopla y yelmo un campeón,
Que al correr de su trotón,
Entre aplauso general,
Lleno de furia infernal,
Se vea con estudio y arte
Pasando de parte á parte
A la iglesia Catedral.

Moribundas dos navetas,
Desangrándose un telliz,
Manca una sobrepelliz,
Una estola con muletas,
Un alba huyendo en chancletas,
Prisioneros dos manteos,
Dispersos seis solideos,
Contuso un bonete adulto
Y un misal pidiendo indulto:
Esos serán tus trofeos.

Estas son las famosas décimas de la *Batalla del Jueves Santo*, que, á falta de otros méritos, tienen el de haber dado ser y nombre al héroe y al autor. A la fecha nadie se acuerda de las empresas políticas de Aguilar, de su carrera de periodista y de su habilidad como escritor; ni menciona nadie los eminentes servicios de Baz, su actividad, su talento y su impetuosidad.

Cuando se dice Aguilar, ya se sabe; todo el mundo exclama:

— Sí, el autor de las décimas de la *Batalla del Jueves Santo*.

Cuando se menciona á Baz, cualquiera piensa:

— Sí, el que se metió á caballo á la Catedral. Y repite:

¿Quién es? Es Juan José Baz.

Es Monseñor el delfín.

Queriendo vengarme de la risa que había causado aquella lectura, dije al vejestorio:

— Y lo triste es que por esas tonterías sufran los inocentes; el pobre arzobispo está preso de orden del Gobernador y los canónigos están también á la sombra.

Estupefacción general; asombro en todas las caras, como si hubiera contado que la tierra acababa de salirse de sus ejes diamantinos y se había soltado vagando por el espacio.

— ¡El señor Arzobispo preso!

— Eso no puede ser.

— ¡Aquí va á llover fuego del cielo!

— Ya lo habían dicho las profecías de Matiana.

— ¡Dios nos tenga de su mano!

— Este Comonfort es el Antieristo...

— Todo esto estará muy bien, dije tomando el desquite; pero es el caso que la pena ya está corriendo y que se dice á don Lázaro que no se le destierra por respeto á sus costumbres privadas, que son buenas.

— Pues sólo eso faltaba... Bien dice el dicho: «Cría cuervos y te sacarán los ojos.» El señor Garza crió á sus pechos á Baz y á todos los suyos, les dió el alimento de su enseñanza, y mira el pago que le dan.



CAPÍTULO XXII

Me comisionan para tantear la opinión

LOVÍA á mares, con esa tenacidad que solamente se acostumbra en esta ciudad de los palacios (por hacer). El Presidente salió envuelto en una larga capa militar y tocado con un chambergo de alas anchas.

— Amigo Pérez, no quisiera decírselo; pero con este tiempecillo tenemos que marcharnos á Tacubaya.

— A sus órdenes, mi General.

— Diga que enganchen, y aguárdeme abajo con esta cartera.

— Muy bien, mi General.

Más de un cuarto de hora esperé en la base de la escalera; los cocheros, que creían pasaría el General la noche en México, se dieron prisa á arreglarlo todo, y cuando

don Ignacio bajó en compañía de Iglesias y de Montes, que se marcharon en otro coche, ya estaba abierta la portezuela del presidencial.

Empezamos á andar calles, y el agua que parecía haberse calmado un poco cuando salimos de Palacio, se había recrudecido terriblemente, al grado que apenas podían las mulas dar paso. El mozo que cocheaba, hacía esfuerzos inmensos por sacar los animales de cada bache en que se sumergían; pero tenía que bregar enormemente.

— ¿Sabe usted, Juan, que tenemos que hablar? Quiero encargarle una misión confidencial, un negocio de amigos y nada más que de amigos. Los licenciados que han hecho la Constitución, dicen que han trabajado un código maravilloso. *El Siglo* lo llama *cuerno de la abundancia, iris de paz, arca de la alianza, puerta del cielo* y hasta *el más católico de cuantos códigos hemos tenido*. *El Monitor* lo apellida *la obra maestra de nuestros tiempos, la luminosa producción del Congreso*. Zamacona, de Puebla, la cree *trasunto de la ley de Dios, la verdadera síntesis del Evangelio*; Montiel, de Huamantla, proclama á boca llena que *después de la creación del mundo, nada se ha hecho tan perfecto y completo...*

Y sin embargo, yo encuentro que la gente no recibe bien la Constitución ni está satisfecha con ella. Unos encuentran mal el artículo quinto, otros el veintisiete, otros el ciento veintitrés... Aquí, dicen que ataca la indisolubilidad del matrimonio; allí, que atenta contra los fueros é

inmunidades de la Iglesia; en otra parte que anula la jurisdicción de los obispos...

En Orizaba fué menester tomar á la gente por sorpresa, formar á la tropa y organizar la comitiva de ocultis. El Ayuntamiento no pudo marchar bajo de mazas, porque no hubo nadie que quisiera acompañarlo; el cura cerró el coro de la Iglesia y fué menester echar abajo las puertas... Cuando estaban arriba, se encontraron los dependientes del cabildo las campanas sin badajos, y tuvieron que repicar valiéndose de piedras y martillos... No hubo un farol, ni una cortina, ni una ventana abierta, ni un alma por la calle... En Toluca, el fraile Francisco encargado de la Parroquia, se parapetó en la iglesia dispuesto á no dejar repicar, y envió un centón de sandeces quejándose de que se le quisiera hacer contribuir á una solemnidad atea... En Oaxaca, donde se dijo que el cabildo acataría la nueva ley, se levantó la acostumbrada protesta... En Zamora ha habido un verdadero pronunciamiento... En San Luis Potosí se suscitó un escándalo, se dijo que Calvo iba á fugarse, se abocaron las piezas de artillería en las bocacalles de la plaza, y se levantó un formidable aparato militar... En Lagos hubo un motín espantoso: la plebe se echó sobre el jefe político Reyes, lo obligó á guarecerse en la iglesia, y cuando no le quedaban más que diez hombres, Reyes, que se había portado como un valiente, tuvo que salir en unión de los presos de la

cárcel... En San Juan de los Lagos hubo muertos y heridos, y aseguran los disidentes que vieron volar al cielo á un tal Zermeño, su jefe, que pereció en la refriega, vestido con calzoneras azules de pana y sombrero anecho aplastado, á refugiarse en el seno de la Virgen del pueblo, que le había estado sonriendo durante la escaramuza...

El juramento es todavía más difícil que la publicación. Apenas se anuncia que hay que jurar, y todo el mundo abandona cargos y empleos. Magistrados, profesores, capellanes castrenses, jefes de sección en las oficinas del Gobierno, simples escribientes, sienten placer en sufrir por la causa de la religión y por lo que ellos creen la justicia... He dado orden de que no se exija el juramento á ciertas personas; pero ellas me comprometen con sus intransigencias... Quiero que alguien que cuente con mi absoluta confianza recorra los pueblos, explore la opinión, averigüe la verdad de lo que acontece, á fin de proceder en consecuencia. ¿Puede ser usted ese amigo?

— Estoy á sus órdenes, mi General... Mi General no tiene más que mandar...

— Bien, gracias; saldrá usted de aquí con pretexto de visitar su pueblo, de ver á su familia, y en realidad para ver, observar y palpar todo, y escribírmelo todo ó decírmelo á su vuelta.

— Muy bien, mi General.

Aquí llegábamos, cuando sentimos que el temporal

arreciaba. El mozo que montaba la mula de tiro había caído al suelo, el coche rodaba sin gobierno, al azar, y por fin caía dentro de un agujero, sin que nosotros pudiéramos salir antes.

Con trabajos logramos ponernos en pie, recoger á los caídos y empezar las obras para sacar el carruaje del atolladero. El lodo nos llegaba al tobillo y se nos adhería á las suelas del calzado imposibilitándonos para movernos; el agua nos mojaba hasta la piel, nos corría por la cara y nos multiplicaba la obscuridad.

Al cabo de media hora de luchar, conseguimos poner el coche en pie y moverlo de nuevo, continuando el camino.

— Son las diez de la noche, y ahora que pensaba llegar temprano á Tacubaya, llego más tarde. Hay conspiración de por medio... una tontería, creo que se trata de una bromita, porque les hago á mis enemigos la justicia de creerlos un poco más listos; pero ¡quién sabe! quizás haya algo serio y más vale estar apercebido... Se trata de un papel en que se dice que todo está listo y arreglado para prenderme, y que se debe hacer esta noche, que está de guardia el que suscribe el billetito con dos letras que parecen el principio de un nombre... El papel se encontró tirado en la puerta de la Tesorería general, y la verdad es que no creo que cosa de tamaña importancia se escribiera con todas sus letras, se firmara aunque fuera con

abreviaturas, y se dejara caer precisamente en el palacio; pero en fin...

Pasamos por la Condesa, y no tardamos en ver las luces de Tacubaya y en entrar al Arzobispado.

— Antes de desembarazarse de la ropa mojada y de cualquier otra diligencia, llame á mi compadre Zuloaga, me ordenó el jefe.

Como á los diez minutos salió el comandante general de la plaza, y me dijo:

— Al capitán Nogueiras, que venga en seguida; si no se encuentra en el cuerpo de guardia, que se le busque en donde quiera.

No tardé en dar con el buscado; pero cuando le transmití la orden, palideció y se puso frío.

— ¿A mí, compañero?... ¿á mí me llama el señor Presidente?... Vamos, pues.

Entró al despacho, y á la media hora me ordenaron:

— Conduzca usted preso al señor y póngale centinelas de vista... Me responde usted de que con nadie se comunicará, dispuso Comonfort en voz alta.

Me llevé á Nogueiras, y antes tomé la precaución de desarmarlo.

No había necesidad; tenía perdida el habla y estaba blanco como el papel; se le notaba que había llorado y que tenía flojas las sopandas como pocos hombres en su caso.

Osollos herido y con un brazo mutilado; Miramón con una pierna entre si caigo ó no caigo; Gutiérrez, pernique-

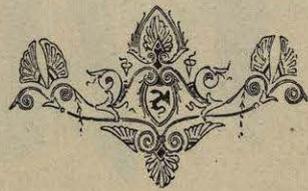


brado; Aguilar y Miranda, ocultos, hacían más, maquinaban más y luchaban más que todos los libres, los íntegros y los que no habíamos sufrido amputaciones.

Al día siguiente se encarceló á Luis; á Miramón se le buscó por cielo y tierra, y Cobos fué puesto preso é incommunicado.

A medio día se supo que Miguel había sido encontrado en casa de don José Juan Cervantes, dentro de una pieza

obscura, que tenía cubiertas las paredes con armarios y tras un tabique de ladrillos, donde apareció el travieso teniente coronel, con gesto de quien ha agotado su ingenio por ganar la partida y á pesar de eso la pierde.



CAPÍTULO XXIII

Campos de soledad, mustio collado



OHINO y cariacontecido, falto de sueño y falto de ánimo, salí de la ciudad de México por la diligencia del interior, tal día como el veintiséis de Abril del año famoso de cincuenta y siete.

Ahora que soy viejo, oigo á periodistas y políticos de una casta que llaman jacobinos, y que en mis mocedades no se conocía porque sólo nos dividíamos en conservadores y liberales, he oído, repito, echar de menos los tiempos pasados.

¡Oh, dicen esos líricos, entonces se vivía, entonces se gozaba! Cierto que existían abusos, que había atrocidades y de cuando en cuando peligraba el pellejo: pero, en cambio, cuando se triunfaba, cuando se lograba hacer